



«El tiempo pasa muy deprisa. Tan deprisa, que a veces tengo la impresión de que necesitaría más de 24 horas al día para poder lograr todos mis objetivos personales y profesionales. Sin embargo, a medida que transcurren los años me doy cuenta de que lo importante no es alcanzar todas tus metas, sino ser capaz de disfrutar del camino y aprender de las experiencias vividas». A punto de cumplir los 33 años, Ignacio Jesús Aguado Crespo (Madrid, 23 de febrero de 1983) parece que ha interiorizado perfectamente aquella máxima virgiliana de que *Tempus fugit* y, pese a su juventud, ya ha bebido varias veces de la fuente del éxito en su trayectoria profesional y vital.

Abogado de profesión, llegó a estudiar tres carreras simultáneamente, licenciándose en Derecho y Administración y Dirección de Empresas por la Universidad Pontificia de Comillas (2001-2007) y en Ciencias Políticas y de la Administración (2004-2009) por la Autónoma de Madrid. Posee además un Master en Negocio Energético, formación en Comunicación Política e Institucional y es titulado en *Lobby & Advocacy* por el Instituto de Empresa (IE). Sobre el papel currículo no le falta. Tampoco tablas para enfrentarse desde la tribuna de oradores de la Asamblea de Madrid al Gobierno regional o a los otros grupos de la oposición, pues desde joven desarrolló sus capacidades en la oratoria compitiendo en torneos de debate universitario.

En 2007, y tras finalizar el último curso de ADE en Comillas, se incorporó a la plantilla de Irvings Solicitors, un despacho de abogados ubicado en Liverpool. A su regreso, concluyó sus estudios en Políticas y en 2008 entró a formar parte de la plantilla de Unión Fenosa Gas dentro de su estructura de Relaciones Institucionales y Regulación. Allí fue escalando en

responsabilidades hasta convertirse en 2013 en el Director de Inteligencia de Negocio y Planificación Operativa de la compañía. Tenía futuro por delante dentro del sector energético pero el proyecto de un Quijote catalán que luchaba desde su Barcelona natal contra molinos de viento independentistas se cruzó en su camino. Ya llevaba años oyendo hablar de Albert Rivera, incluso sus vidas se habían tocado tangencialmente en el pasado en ese mundo de las ligas de debate. Pero fue en 2013, el mismo año en el que asumía un cargo directivo en su empresa, cuando Aguado se afilió a Ciudadanos, que empezaba a dar sus primeros pasos en Madrid en reuniones de unos cuantos soñadores en torno a la mesa de un VIPS. En enero de 2014, este vecino del barrio de San Blas fue elegido portavoz de la formación en la Comunidad y lo que vino después es más o menos conocido.

Tras ser proclamado en las primarias de su partido como candidato para disputar la presidencia de la Comunidad de Madrid, en marzo de 2015 solicitó a su empresa una excedencia para afrontar la campaña electoral. Fueron meses de incertidumbre en los que le tocó vivir de lo que había ahorrado hasta la fecha sin saber cómo acabaría esta aventura. ¿Qué resultado podría obtener un partido nuevo y con DNI catalán la primera vez que concurriera a las urnas en el centro de España? En las elecciones autonómicas de mayo de 2015 Ciudadanos alcanzó 385.836 votos y 17 escaños en la Asamblea de Madrid. «Los nuevos» fueron más decisivos de lo que cabía esperar para algunos. Al final el PP de Cristina Cifuentes pudo conformar gobierno tras un acuerdo con la formación naranja en unas duras negociaciones encabezadas por Aguado. Desde entonces, con su equipo, se ha mantenido en ese papel vigilante para «intentar que todo se cumpla y que las políticas en Madrid se tiñan, cada vez más, de naranja».

De su etapa escolar y universitaria le queda un buen recuerdo de los jesuitas. Algo de aquel humanismo que impregnaron en su forma de ser echaba de menos Ignacio en el panorama político de los últimos años cuando decidió dar un paso al frente, dejar de quejarse de lo que veía y empezar a aportar con su grano de arena en la transformación de una realidad caduca: «Estoy convencido de que el conformismo y la mediocridad son los principales enemigos del progreso social y económico de una sociedad. Tal vez por ello, lucho cada día por dar lo mejor de mí mismo e intento rodearme de personas que no conozcan la palabra "imposible". No creo en ella, porque no existe nada en el mundo capaz de doblegar la fuerza de voluntad, el trabajo duro y la perseverancia de las personas». Y en esas anda ahora, nadando contra corriente en unas aguas distintas a las de su etapa deportiva, cuando militaba en el Real Canoe Natación Club.

Dice que «la felicidad, sin duda, está en el trayecto, en la ilusión que genera lo que está por venir y en la capacidad que tenemos los seres humanos para construir proyectos». La suya ahora está en este deseo de que España hable con naturalidad del centro como lo hace de la izquierda y de la derecha; y ahí residirá mientras le mueva la ilusión. Cuando llegue el día que los vientos cambien su rumbo espera volver a ser de nuevo un ciudadano sin más, un ciudadano con minúsculas, y con los pies en suelo firme seguir soñando con lo imposible («que es solo una opinión»), en otras aventuras que aún están por intuir. \*/